quien decida por sí mismo si decide adentrarse en las aventuras y desventuras de este joven Werther de los trópicos:

> A veces se necesita más fuerza para despejar el cielo de sus nubes, de sus cirros, de esa bandada de nimbos que trata de oscurecer aquellos momentos de insania en los que uno cree poder camuflarse para obtener las verdaderas ganancias. Y terminé preguntándome qué oculta intención tenía el artilugio. Llamarme Campoamor no podía ser solamente una veleidad. Me imaginé no llamándome de ninguna manera. Pero entonces, ¿cómo podría vivir siendo nadie, careciendo de nombre, de identidad? Es como no tener cara. Sin nombre se podía diluir al temperamento, el cuerpo, la conciencia en esa falta de identidad, de señales y de historia. Un anonimato absurdo. Disfrutaría de una rara libertad. [págs. 48-49]

¿Es esto una disquisición ontológica inteligente o un ataque de verborrea aguda paralizante? Mi respuesta: pura y dura verborrea.

O esta otra parrafada, reveladora de lo que el personaje/autor piensa de su obra:

> En ese sentido Alonso y Henry Nocaut se referían a mí peyorativamente. Alonso me dijo una vez que mi literatura era demasiado adolescente, como si fuera un pecado o una debilidad. Pero afortunadamente Felipe Arrau emergió de la nada para instaurar una exaltación de mi literatura de vanguardia ingresando al futuro. Arrau se convirtió en el arquetipo de los que me entendían a carta cabal, y me defendían. Por eso lo estampé de manera magnánima en 'Feka Sechorr'. Uno no puede aspirar a ser leído por seres humanos sino por dioses. [pág. 202]

Y bueno, tal vez yo no sea una diosa sino una simple humana. Por eso, tal vez, no soy digna de entrar en la casa de Campoamor/Germán Silva Pabón y, por eso, tal vez deba volver a Scott Fitzgerald, a Thomas Mann, a Jane Austen y dejar que sean otros lectores los que digan lo que piensan de *El nombre falso de un ser importante*. Yo no me siento capaz de agregarle más palabras a algo que ya tiene demasiadas.

MÍRIAM COTES BENÍTEZ

La inútil añoranza de la normalidad

Litchis de Madagascar
Aquiles Cuervo
Editorial El fin de la noche,
Buenos Aires, 2011, 91 págs.

El ruido de las cosas al caer
Juan Gabriel Vásquez
Premio Alfaguara de novela 2011
Alfaguara, Bogotá, 2011, 259 págs.

Tres ataúdes blancos
Antonio Ungar
Premio Herralde de Novela
Editorial Anagrama, Barcelona,
2010, 284 págs.

Suicídame
Andrés Arias
Ediciones B, Bogotá, 2010, 262 págs.

C. M. no récord
Juan Álvarez
Alfaguara, Bogotá, 2011

> Come writers and critics
> Who prophesize with your pen
> And keep your eyes wide
> The chance won't come again
> *The Times They Are A' Changing*
> Bob Dylan

Hace poco participé en un acto (¿una sesión? ¿una peña?) en torno a un libro de cuentos, *Litchis de Madagascar*, firmado por Aquiles Cuervo. Había público (tías y amigos y unos poquitos desconocidos; nada de adolescentes vociferantes pidiendo a gritos a Justin Bieber), en parte explicable por la cantidad de participantes: un guitarrista, dos poetas, el autor, dos lectores, una computadora. Fue divertido en tono menor, y definitivamente mucho más divertido que los tradicionales lanzamientos de libros (invitación —cientos de invitaciones impresas y enviadas por correo—, vino, dos o tres discursos elogiosos y más o menos aburridos, algún ex presidente, algún escritor, algún famoso). Fue, sobre todo, una marca leve (definitivamente no un hito) que servirá para señalar en el futuro un cambio de rumbo, nuevos aires, nuevos hábitos.

En realidad *Litchis de Madagascar* representa varias de estas nuevas tendencias (que en ocasiones son viejos hábitos recuperados). Para empezar, el libro fue publicado por la editorial argentina El fin de la noche —Aquiles Cuervo es colombiano y vive en París—, que se presenta en su página web como un sello que "integra la tecnología de edición más avanzada (PoD, distribución digital y libre acceso de lectura online) a la delicada paciencia para el armado de cada título". Se puede descargar desde Internet, se puede conseguir en librerías en Bogotá (en una librería, al menos), se puede pedir por correo, se puede comprar en Amazon. Su autor, Aquiles Cuervo, se define a sí mismo como "ex actor y futuro bailador, [...] escritor de atmósferas [...]", obsesionado con "el absurdo, el minimalismo y la espera"; y es, a su vez, la creación de Alberto Bejarano, científico político y estudiante de doctorado en Filosofía en la Universidad París VIII (escribe una tesis

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

sobre Roberto Bolaño), y alguien que evidentemente se divierte "explorando los males de Montano y de Norma Desmond", que entiende que la literatura tiene mucho de búsqueda (usaría la palabra "juego" si no hubiera ya sido despojada de todo entretenimiento por los teóricos de la formación en la primera infancia).

Pero no basta con señalar que *Litchis de Madagascar* es el heraldo de los nuevos tiempos. Es, además, un buen libro: tiene doce cuentos y un prólogo —uno en el que Aquiles Cuervo se sacude sin esfuerzo la nacionalidad y aclara que su tradición literaria pasa por China, Europa y Tadó y que sus *Litchis de Madagascar* no deben ser asociados con forma alguna de "realismo mágico tardío". Ninguno de los doce cuentos es prescindible o mediocre, ninguno cojea o decae a destiempo: escribir cuentos es una tarea tan precisa como escribir sonetos, y Cuervo domina el oficio. Atravesados por alusiones a la música y al cine (que tampoco encierran al escritor en una camisa de fuerza generacional), por guiños literarios como la aparición reiterada de los litchis, algunos de los cuentos son, además, increíblemente buenos y frescos; como *Apéndice*, sobre un malogrado director de cine que en su cama de enfermo recrea "un guión para un cortometraje que ya no filmará"; o como *Dominó*, el primero, sobre un hombre mayor cuya vida queda suspendida para siempre con la muerte de sus padres veinte años atrás.

Bejarano mueve los hilos de Aquiles Cuervo sin mucha ansiedad, siempre con una sonrisita bonachona. Y uno quisiera, al verlo y al leerlo, que se dedicara de tiempo completo a la literatura, y también que no lo hiciera.

* * *

"Somos miembros de una generación que añora una normalidad que nunca ha conocido", afirmó el poeta bogotano Fernando Vargas Valencia en una de las veladas litchianas, con palabras que se acomodan mejor a *El ruido de las cosas al caer*, la tercera novela de Juan Gabriel Vásquez y ganadora del Premio Alfaguara 2011. En la antesala de la historia ocurre un acontecimiento que habría sido improbable en el mundo normal con el que fantasea el poeta: muere en el valle del Magdalena, a mediados de 2009, un hipopótamo fugitivo.

La historia arranca unos años antes, en 1996, cuando un hombre, Ricardo Laverde, se lamenta en un billar: "Qué culpa tienen ellos de nada". La reflexión es provocada por los hipopótamos que se mueren de hambre en la Hacienda Nápoles de Pablo Escobar, pero podría referirse a la generación del narrador de la novela, marcada por esa violencia "cuyos actores son colectivos y se escriben con mayúscula". Porque *El ruido de las cosas al caer* es lo que Alejandro Zambra llama "la literatura de los hijos", una novela en la que esta generación cuenta por fin la historia desde su punto de vista.

Vásquez no solo pone sobre el tapete de la discusión política el papel desempeñado por los integrantes de los Cuerpos de Paz en la expansión de los cultivos de marihuana y coca en Colombia, sino que responde a la pregunta, usualmente retórica, sobre el país que le dejamos a nuestros hijos. La respuesta —envuelta en la historia personal de Antonio Yammara y Aura— es desoladora: una generación que ha crecido enferma de miedo es incapaz de amar.

Gran parte de la fuerza de la novela se deriva de la confrontación entre este señalamiento y las conclusiones que surgen de la vida de Ricardo Laverde, un tipo "flaco, de piel reseca y uñas largas y siempre sucias, (...) incapaz de tener una conversación corriente, ya no digamos una relación". Acostumbrados como estamos a la idea del héroe, a veces quisiéramos creer que Laverde, piloto de profesión (pionero del narcotráfico), ex presidiario y billarista, es ese hombre del poema de Kipling que lo arriesgó todo y lo perdió. Pero si algo hemos aprendido los colombianos en los últimos decenios es que ese personaje de Kipling en realidad no existe —y si existiera se parecería más a Pablo Escobar. Hoy, Ricardo Laverde sería un corredor de bolsa, por ejemplo, o un hombre de negocios, un cachorro de buena persona que juega con cosas que no tienen repuesto, como en la canción de Serrat; de esos que un buen día descubren, con genuina sorpresa y espanto legítimo, que no son más que engranajes en una maquinaria de muerte que tampoco los perdonará a ellos.

La voz de Vásquez en *El ruido de las cosas al caer* resuena clara, definida. El novelista se niega a ser considerado un exilado, pero la distancia claramente jugó a su favor a la hora de contar la historia desde la perspectiva de su generación. Es esa perspectiva la que le permite al narrador afirmar, sin lugar a dudas,

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

que nadie es inocente, en una novela formalmente impecable y emocionalmente devastadora.

* * *

La novela de Antonio Ungar, *Tres ataúdes blancos*, Premio Herralde de Novela, empieza donde termina *El ruido de las cosas al caer*. Las arandelas políticas de la historia son conocidas de todos los colombianos: el político que encabeza la oposición —Pedro Akira, voz de los desposeídos, único firme contendor del Señor Presidente don Tomás del Pito, Plenipotenciario Dignatario, Señor del Cielo y de la Tierra— es víctima de un atentado. Sabemos de qué y de quién habla Ungar porque estábamos ahí; lo que resulta absolutamente sorprendente es el tono: la inflexión burlesca tan característica de los bogotanos, siempre de la mano de la frivolidad —y en últimas tendiente a sostener el estado de cosas y no a censurarlo— en este caso ha cedido el lugar a una sátira en regla ("un refinamiento de la rabia y de la indignación [...] La protesta convertida en arte").

La cuerda rota de un contrabajo, un padre que se niega a comprar el pan y tres balazos en la cabeza de Akira son los detonantes alrededor de los cuales se organiza la trama. Ungar sabe muy bien que "A nuestro alrededor todo parece haber sido engullido por el caos" (en palabras de Murakami). En el caso del personaje principal de *Tres ataúdes blancos* —que nos recuerda al Ignatius J. O' Reilly de *La conjura de los necios*—, el caos (provocado, como ya se dijo, por la cuerda, el padre y los balazos) se manifiesta bajo la forma de una sucesión de cocteles de vodka, hielo y hojas de menta:

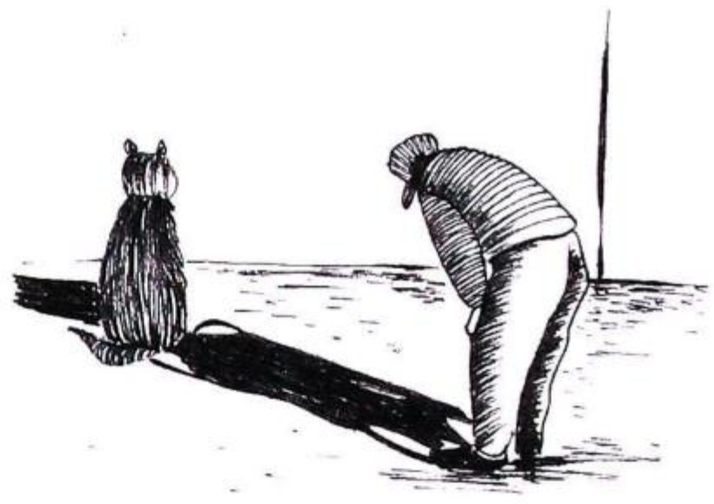
> Así fue pues la mañana. Los dos primeros cocteles de menta en mi cabeza: ¿En qué puede estar pensando, tendido, así, pobrecito él, en la cama? ¿Qué puede ser más importante que yo (su propio hijo)? Quinto coctel: ¿Estará nuestra existencia como familia condenada a una aniquilación total? [...] Del sexto al octavo coctel la casa entera, vacía, fría, húmeda, metida en mi cabeza.

Después de los cocteles viene una propuesta indecorosa y la aceptación de dicha propuesta. En realidad la anécdota de *Tres ataúdes blancos* es inocua y en ocasiones increíble, pero el escritor se siente impelido a desarrollarla y llevarla hasta el final. Y más allá. No importa. Queda claro desde las primera páginas que estamos ante un escritor que en sus mejores momentos es Swift, el de *La propuesta inmodesta*, capaz de incomodar a sus lectores, de sacudirlos, de ofenderlos, y de obligarlos a admitir que tiene razón el escritor cuando lee la situación política en clave de farsa.

* * *

Si de Ungar se puede afirmar que se lo apostó todo al tono, de Andrés Arias, periodista y autor de *Suicídame*, se puede decir que se lo apuesta todo a la historia: es fácil imaginarlo sentado durante horas, escribiendo en forma ininterrumpida, sin ocuparse de la calidad del café, o de la falta de sol. Así visualizamos también a Antonio, el narrador de la novela, obligado al encierro, arrinconado: "Quizás después de leer esta historia que apenas comienzo, [mi esposa y mi hijo] me entiendan y vuelvan a hablarme. Esa es la única esperanza que me anima a continuar".

Arias, como Ungar, se ocupa de los acontecimientos más recientes de la historia de Colombia. Pero hasta ahí las semejanzas. Nadie se aburre en *Suicídame*, nadie se emborracha, nadie se enamora en realidad: no hay tiempo para tonterías en la vida de los periodistas que protagonizan esta historia, o al menos no hay tiempo para tonterías menores. Son las tonterías mayores las que mueven la narración y se encargan de seducir al lector.



En este caso, un periodista de edad madura despierta un día y descubre que lleva años adocenado y muerto profesionalmente; una jovencísima periodista, tan ambiciosa como talentosa, trabaja con igual intensidad en el avance de su carrera y en sus ideales políticos; el redactor de una famosa revista sacrifica su integridad profesional a sus aspiraciones políticas; una mujer teje en la cama los hilos que amarran la revista al palacio presidencial; y un presidente se empeña en mantenerse en el poder a toda costa.

La historia mantiene en vilo al lector sin mayores sobresaltos formales, y el autor enjuicia con mucha valentía el ejercicio del periodismo, las prácticas autocráticas —responsables, entre otras, de la desaparición de la joven periodista—, y la ingenuidad política de una generación tan ocupada en rencillas insustanciales que no vio —no quiso ver— el comienzo del cáncer que acabó carcomiendo al país.

* * *

C. M. no récord, de Juan Álvarez, es el único de los libros comentados aquí que no mira hacia atrás. Hay unas pocas personas mayores entre sus páginas, pero en general cumplen la misma función que los padres

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

de Charlie Brown en los dibujos animados que a veces pasan todavía por televisión: hacen ruido de fondo. Así que los jóvenes protagonistas se dedican a lo suyo: territorios inexplorados, formas de vida diferentes, nuevas maneras de crear y de decir, de enfrentar un tiempo "que no pasa sino que salta".

La novela gira alrededor de tres personajes y de su conexión con la música: Daniel, el mayor, pianista clásico renegado e ingeniero de sonido; Lucas, profesor de música e intérprete de bajo eléctrico, y Vicente, el más joven, quien a lo largo de la obra descubre que la música es su vocación, que la trompeta es su instrumento, y que la mujer que cree amar se acuesta también con un cantante caribonito. Y sucede en una Bogotá que empezó a aparecer en la literatura hace unos pocos años, con la publicación de *Opio en las nubes* a comienzos de la década de los noventa. Es una Bogotá más dura, pero también mucho más fluida, menos jerarquizada, áspera y manejable al tiempo, una ciudad en la que la calle ha dejado de ser lugar de paso y ha pasado a ser protagonista; una ciudad inmensa y multifacética atravesada por busetas asesinas que llevan a los personajes de aquí para allá sin la preocupación de estar invadiendo territorios prohibidos: toda la ciudad es suya, si tienen el valor de apropiársela.

Y así como son suyas las calles, es suyo el lenguaje —no de la academia, ni de la escuela. La fluidez de la ciudad es la fluidez del español de la narración: Álvarez pasa sin ningún esfuerzo aparente del registro maestro ("Daniel, mijo, ¿alguna carajada por este feudo?"), al registro celador ("Toca que le digan al señor edil") y al registro compañero ("Quiubo, pirobos") y nos obliga a sumergirnos, casi sin darnos cuenta, en esta nueva verdad: la academia ya no cuenta, y el bogotano se impone sin pudor ni vergüenza en la página escrita mostrando con los hechos de quién es la lengua.

C. M. no récord señala la aparición en escena de una generación: "ellos, los nacidos en la espectral década de los setenta, etiquetados de importaculistas", no se gastan los días hablando de política o haciendo bulto en manifestaciones manipuladas por el gobierno. Saben manejar el sistema a su favor cuando se puede, e ignorarlo cuando no se puede. Y si es necesario cambiar algo, lo hacen, en vez de quejarse. Evitan el drama como a la peste, pero no lo reemplazaron con el sarcasmo y el ingenio, como las generaciones precedentes. Eso bastaría como razón de peso para leer esta novela; si no fuera además gran literatura.

* * *

P. D. Llegué a pensar que las letras colombianas jamás se recuperarían de la avalancha de pornomiseria que nos arrasó después de la liberación de Clara Rojas. Tenemos la literatura que nos merecemos, pensé, parafraseando la frase aquella según la cual tenemos la clase dirigente que nos merecemos. Los libros comentados demuestran que estaba equivocada, y me alegro.

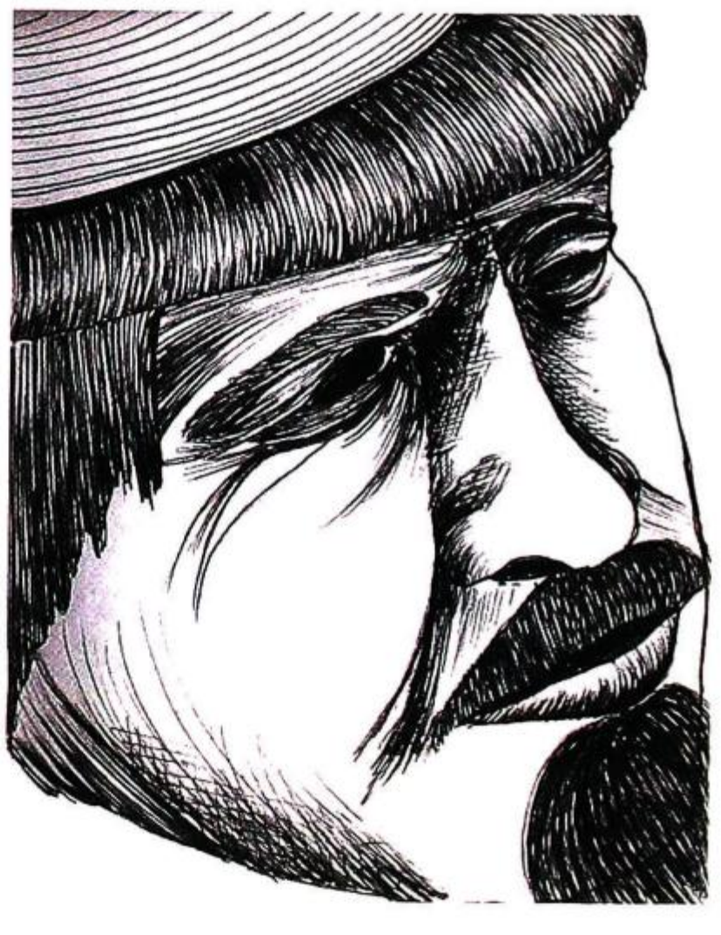
MARGARITA VALENCIA

Pecado de omisión

Justos por pecadores
Fernando Quiroz
Editorial Planeta, Bogotá, 2008,
222 págs.

Tras el bachillerato en el Gimnasio Los Cerros y el pregrado en la Universidad de la Sabana, Fernando Quiroz publica la novela *Justos por pecadores* cuya temática principal gira en torno al Opus Dei. En esta Santísima Trinidad se enmarcan más de cuatro lustros consagrados a las escrituras, la periodística: Semana, El Tiempo, Gatopardo, Cambio, entre otros, y la novelística: *En esas andaba cuando la vi* (2002) y *Esto huele mal* (2006).

Con *Justos por pecadores*, Quiroz fue finalista del II Premio Iberoamericano de Narrativa Planeta-Casa de América 2008, subcampeonato que le reportó 50 mil dólares; el premio lo obtuvo Jorge Edwards; en 2007, en la primera versión del premio se escogieron a Pablo de Santis y Alonso Cueto, ganador y finalista, respectivamente. En 2009, la tercera versión otorgó el premio a la colombiana, nacionalizada española, Ángela Becerra y a Pedro Ángel Palou; tenemos entonces que Argentina, Perú, Chile, Colombia, España y México han aportado novelistas para este multinacional premio que al parecer se encargará de consagrar autores de todas las literaturas nacionales del castellano. Para los autores es positivo figurar en el podio de los premios que otorgan las editoriales; ello garantiza difusión asegurada en las comunidades donde se habla español. Sin embargo, ese estado de cosas no trasciende del departamento comercial de las compañías editoras, es más mercadotecnia que literatura y los autores lo saben.



Además de tres novelas, Quiroz ha publicado: *El reino que estaba para mí: conversaciones con Álvaro Mutis* (1993), así como capítulos de libros, crónicas, cuentos y textos varios en antologías; bajo el seudónimo de Pepe Buendía —el mismo con el que presentó el manuscrito

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.